

# PALABRAS PRELIMINARES

## Gestión escolar y escritura

por Néstor Abramovich<sup>1</sup>

Este libro, escrito por dos doctores en sus respectivas áreas disciplinares, es también el fruto de la labor de dos compañeros de trabajo en el nivel secundario, de dos profesionales atravesados en su cotidianidad por esas preguntas que se abren –aunque no exclusivamente– cuando se está en el aula.

Sería caer en lugares comunes decir que son textos contruidos *en el fragor de la lucha o al calor de la batalla*. Pero no puedo dejar de señalar que hay un plus en este libro constituido por la experiencia de estar en los cursos, de caminar la escuela, de habitar la sala de profesores.

Es probable –de hecho, la bibliografía en la que se apoya el libro así lo demuestra– que en el universo académico se realicen investigaciones y se construyan teorías sobre la dupla escuela-escritura, capaces de arrojar luz sobre lo que sucede en

---

<sup>1</sup> Diplomado Superior en Ciencias Sociales con Mención en Gestión Educativa (FLACSO), Director del Colegio de la Ciudad, Buenos Aires, Argentina.

las escuelas. Pero, cuando los autores tienen la doble condición de investigadores y de nativos de ese mundo que investigan, se potencia la capacidad de observación y análisis, dando lugar no solo al diagnóstico, sino fundamentalmente a la propuesta.

El Programa de Escritura en la Escuela, además de estar sostenido en un sólido marco teórico, enuncia un problema y, sobre todo, se adentra en un campo de acciones capaces de dar respuesta a la pregunta “¿Qué escribe la escuela?”.

Este libro analiza un déficit y propone una manera de resolverlo: se trata de (re)unir las asignaturas escolares con modos de escritura específicos que a su vez se transforman en reflexiones metacognitivas sobre los sentidos del conocimiento en la escuela.

Pero lo más interesante de los ensayos en torno al problema es que no constituyen un supuesto, sino el relevamiento de una experiencia concreta de una práctica sostenida en el tiempo, entre un espacio extracurricular obligatorio (por fuera del currículum oficial, pero incluido como obligatorio en una escuela determinada) y algunas asignaturas de la escuela secundaria. Si bien parte de una serie de hipótesis de investigación, el programa toma forma y se hace realidad en una escuela de gestión privada de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el Colegio de la Ciudad. La creación de este espacio, destinado al abordaje de las escrituras propias de cada disciplina, inicia en la escuela una práctica innovadora que potencia lo propio de la escritura y lo específico de las materias escolares.

En la introducción, los autores nos hacen entrar en la cuestión del sentido mediante otra pregunta sugerente: “¿Programas completos pero conocimientos inertes?”. Dicho de otro modo, quizá un modo propio de los estudiantes: “¿Para qué sirve un currículum formalmente enseñado si no da lugar a procesos de apropiación y aprendizajes significativos por parte de los estudiantes?”. Así pensado, los aprendizajes tienen por finalidad algo muy diferente a la acumulación insustancial de información.

En este punto es donde el programa viene a posibilitar otros caminos. Dicen los autores en el capítulo 1:

Pensamiento y lenguaje están tan estrechamente relacionados que son interdependientes: el lenguaje posibilita construir modelos teóricos y estos ayudan a establecer un lenguaje más adecuado. Esto supone negar la idea extendida de que aprender un determinado conocimiento y expresarlo son hechos separados.

Desde esta perspectiva, la escritura viene a favorecer el pensamiento, que a estas alturas es la materia esencial de lo que se puede producir en las escuelas. Ya sea bajo las formas de la ciencia, de las humanidades, del arte o del trabajo con el cuerpo, sin él, las escuelas serían reducidas a meros archivos o incluso depósitos de saberes en desuso. Y esto, a su vez, reduciría a las personas que las transitan a guardianes y acopiadores.

Lenguaje y pensamiento permiten una relación activa y crítica con el conocimiento. De lo contrario, operaríamos sobre una materia inerte, tal como anticipa la pregunta de la introducción.

Ahora bien, además de esta conceptualización sobre escritura y escuela, el programa y, consecuentemente, el libro, abordan otros aspectos clave. Uno de ellos es el de la *didáctica*, la elaboración de dispositivos específicos para la aplicación del programa y la exploración de los aspectos metacognitivos que se ponen en juego a partir de él. Esto sin duda lo transforma en una herramienta para otros profesionales, que pueden aplicarlo o inspirarse en él para transformar las condiciones de apropiación y producción de conocimiento en las escuelas. Este libro no es solo el relevamiento de una experiencia acotada, incapaz de trascender a otras instituciones. Por el contrario, aporta los instrumentos necesarios para una implementación sustentable en escuelas públicas y privadas. La única condición es que en ellas haya docentes con deseo de transformar sus prácticas, o

bien de potenciar lo que ya hacen, de visibilizar algunas acciones e incluso de formalizar proyectos que muchas veces circulan por los pasillos sin llegar a institucionalizarse.

Pero hay una vertiente más, que sin duda convierte al programa en una herramienta institucional. La implementación de este proyecto requiere de una voluntad de invención, en el mejor sentido de la palabra. Un invento entendido como una creación ante unas necesidades, ante unos problemas. Día a día la educación nos presenta nuevos desafíos, nos impone nuevas agendas. Los jóvenes son diferentes; las reglas de juego también lo son; los medios de comunicación y sus tecnologías atraviesan la escuela; la época aporta cada vez más incertidumbres. Frente a esto, apelar a viejas recetas, repetir sin sentido, sostener la fragmentación de los espacios curriculares sería un *escolaricidio*. Hace falta motorizar equipos de trabajo, poner en diálogo compartimentos tradicionalmente estancos para que dejen de serlo, invitar a los docentes de diferentes disciplinas a pensar juntos. Esto produce un efecto de potenciación de las capacidades propias y también de la inteligibilidad de lo que se enseña. Así, tal como dicen los autores, se da lugar a un proceso de negociación entre el docente a cargo del programa y el de determinada disciplina, que lleva a repensar qué se hace en el aula, cómo se hace, cuáles son sus tiempos, qué expresiones habilita. Esa negociación deviene colaboración que en muchos casos contradice la cultura de las escuelas medias. Los autores se preguntan: “¿Qué puede resultar del trabajo coordinado entre un profesor de Matemática y un profesor de Lengua? ¿Cómo hacer confluir culturas disciplinares tan dispares?” (capítulo 2). Volvemos a la invención. Lo que puede salir es mucho más que una didáctica interdisciplinar: es la posibilidad para una escuela de preguntarse qué necesita e instrumentar los cambios requeridos.

Si bien estas preguntas encarnan en determinados docentes, es sin duda la dirección la instancia habilitante de estos

procesos que solo trascienden cuando existe un equipo directivo capaz de percibir no solo la necesidad pedagógica, sino también la potencia entre los docentes. La dirección puede ver aquello que se mantiene invisibilizado e intuir lo que bulle en el cuerpo escolar. Se requiere de una mirada atenta y de una voluntad de acción transformadora. Más aún, la gestión –así concebida– deviene usina de pensamiento-acción, dando forma a un doble juego entre el proponer y el posibilitar.

Así, aquello que surge como una pregunta de orden disciplinar, primero desde el lenguaje y la lingüística, y luego desde otras asignaturas cuyos docentes se avienen a preguntarse por sus prácticas y el sentido de lo que hacen, habilita luego una pregunta más profunda sobre el sentido de la educación y los modos en que las escuelas se interrogan a sí mismas.

El colegio en el que tomó forma y creció el proyecto que dio lugar a este libro no se distingue especialmente por los recursos materiales con que cuenta, sino por la profesionalidad de sus equipos docentes, quienes no solo son reconocidos por su capital intelectual y su capacidad de trabajo, sino que –principalmente– son invitados a usar lo que hay para crear condiciones que favorezcan las experiencias educativas.

Valoro esta obra por su inestimable aporte a la didáctica interdisciplinaria y por constituir una invitación para que otros docentes y directivos se animen a ir más allá de lo establecido, en busca de esas invenciones que mejoran la calidad de la educación, que no es otra cosa que la calidad de las herramientas con las que los ahora jóvenes estudiantes transitarán la vida.

Si hoy me preguntasen “¿Qué escribe la escuela?”, me gustaría poder decir que escribe aquello necesario para construir realidad.

Marzo de 2013